

# LAS ÉLITES FILIPINAS Y SU CONTRIBUCIÓN AL PROYECTO INDEPENDENTISTA DE FIN DE SIGLO

Luis ALONSO ÁLVAREZ (1)  
Universidad de La Coruña

Filipinas resulta la gran desconocida para un número considerable de gentes en nuestro país. Mientras que de Cuba y, en menor medida, de la vecina isla de Puerto Rico se nos ha contado casi todo durante estos últimos años en charlas como ésta y conocemos muy al detalle las grandes líneas de sus historias en común con la de España, de las islas Filipinas tan sólo acertamos a reproducir el contenido de cuatro tristes tópicos. Porque ¿quién de Vds. no habrá oído hablar del *galeón de Acapulco* o del recio *tabaco negro* que fumaban nuestros abuelos? ¿Quién no miró alguna vez con curiosidad los singulares y hermosos bordados de un *mantón de Manila* –que, paradójicamente, era de origen chino– en la casa de nuestros mayores? O, ya para acabar, ¿quién no habrá tenido referencias de los *últimos de Filipinas* o no habrá oído la expresión entre peyorativa y entrañable de *punto filipino*?

Sin embargo, constituyen una excepción los que conocen que las islas mantuvieron una importancia vital para la economía española durante gran parte del siglo XIX. Pese al resultado de la guerra de los Diez Años (1868-1878), muy pocos empresarios con inversiones en la gran Antilla confiaban ya en que la situación política volviese de nuevo a la normalidad. Entendieron, por el contrario, que era tan sólo cuestión de tiempo la emancipación de la isla de Cuba. Algunos de ellos colocaron una parte significativa de sus activos repatriados en la tranquilidad del archipiélago asiático que, en la segunda mitad del siglo XIX se estaba convirtiendo ya en un mercado significativo para los productos de la península, especialmente para los textiles catalanes. Y al mismo tiempo, la metrópoli absorbía una parte nada desdeñable de la producción filipina de tabaco, cuyo estanco lo facilitaba a precios ventajosos a las fábricas de la península. En este sentido, la factoría coruñesa de la Palloza fue una de las primeras receptoras de la preciada hoja, tras los ensayos pioneros realizados en los años treinta, y que permitieron confeccionar ciga-

---

(1) El autor es catedrático de Historia económica de la Universidad de La Coruña. Correo electrónico, <healonso@ctv.es>.

ros puros de calidades medias y bajas a precios competitivos frente a la presencia del contrabando, muy abundante entonces en el país.

No obstante, nada más lejos de mis intenciones pretender erradicar aquí los tópicos que sobre la historia filipina se han ido reproduciendo a lo largo del tiempo. Únicamente intentaré analizar alguna de las claves del proyecto independentista y, más en concreto, desvelar el papel que en él desempeñaron las comúnmente conocidas con el nombre de élites. Este punto de vista presenta la ventaja de proporcionar al observador una perspectiva cómoda desde la que puede recorrer a vista de pájaro la historia de la presencia hispánica durante más de tres siglos en el archipiélago asiático.

Pero intentar desvelar la función que desempeñaron las élites en la independencia filipina me obliga en primer lugar a definir el concepto, algo que puede resultar un tanto ambiguo y que conviene delimitar con algunos adjetivos clarificadores. En primer lugar, nadie parece discutir el papel *económico* que desempeñan en el conjunto social como aglutinadoras de los grupos sociales de rentas altas y muy altas. Las élites son, además, grupos *socialmente cohesionados* y que proporcionan cohesión al conjunto social. Pero precisan de otra puntualización en la medida en que también están conformadas por grupos políticos e intelectuales que detentan el ejercicio del *poder* y del *saber* y que suelen coincidir con las élites que he calificado de económicas y sociales.

El conocimiento de la historia nos demuestra que en todo proyecto emancipador, aunque no de manera exclusiva, las élites ejercieron una función primordial. Si nos remitimos, por ejemplo, al conocido caso de la América hispana, allí estuvieron integradas por los grupos de criollos, españoles nacidos en las colonias. Durante la etapa de presencia española, se había establecido un pacto con la metrópoli que aseguró su ascenso económico y social, lo que a todas luces permitió y mantuvo su lealtad a la Corona española. Sólo cuando a finales del siglo XVIII descendió el ritmo de enriquecimiento de estos sectores y la renta comenzó a trasvasarse en mayor medida a grupos de españoles peninsulares, sólo entonces comenzaron a difundirse entre las élites las ideas emancipadoras. Sin embargo, cuando estas ideas fueron conocidas y asumidas por grupos sociales de ingresos bajos —como en el caso de Morelos y los campesinos sin tierra en el México borbónico—, es cuando las élites criollas asumieron el papel de protagonistas en el proyecto de emancipación política y que se explica en gran medida por el miedo que aquéllas tenían a los grupos sociales de rentas bajas.

El modelo independentista filipino resulta en cierto modo algo más complejo que el hispanoamericano de comienzos del siglo XIX y que su contemporáneo cubano. Para empezar, resulta ya desconcertante descubrir que en las islas del sudeste asiático apenas tuvieron importancia numérica los criollos o españoles insulares

como en América o en Cuba. Pero es más: es que apenas residían españoles en las islas Filipinas. En función de diferentes épocas durante la larga etapa de dominio español, el número de peninsulares osciló en cifras que se situaron entre los 600 y los cinco millares, la mayoría clérigos y militares. En 1871, por ejemplo, en vísperas del estallido del motín de Cavite, la población de las islas apenas sobrepasaba ligeramente los cuatro millones de personas, que se distribuían del siguiente modo:

Grupos	%
Filipinos	93,30
Mestizos de chino	5,85
Mestizos de español	0,48
Chinos	0,24
Españoles insulares	0,09
Españoles peninsulares	0,04

Las islas estaban demasiado alejadas de la metrópoli y disponían de un clima poco atractivo para los usos y costumbres de unos hombres acostumbrados a una vida relativamente acomodada. De ahí que tan sólo los clérigos—en su mayor parte de obediencia regular—, obligados a difundir la fe católica entre los naturales, y los militares, que pretendían adquirir experiencia en la administración colonial, buscando «hacer méritos» para promocionarse en el escalafón y dar el salto al virreinato de la Nueva España, destacasen entre los escasos pobladores españoles. El resto estaba constituido por algunos comerciantes y, además, por personas desterradas del virreinato mexicano, del que las Filipinas dependían administrativamente, por su condición de territorios marginales. En este contexto, y muy al contrario de lo sucedido en América, no debe resultar extraño que apenas se produjesen uniones de sangre entre peninsulares e indígenas que pusieran de relieve una presencia mestiza de importancia: en las islas Filipinas tampoco se produjo un mestizaje entre españoles y naturales.

Ante la práctica inexistencia, pues, de un grupo criollo y casi en ausencia de la práctica del mestizaje, el papel de liderazgo desempeñado por las élites en el proceso de emancipación quedará reservado en las islas Filipinas a la aristocracia tagala—que habitaba originalmente las tierras bajas y llanas de la isla de Luzón, las más europeizadas— y los mestizos de chino. Mestizos de chino resultaron ser muchos de los líderes de la revolución, como José Rizal (1861-1896) o Emilio Aguinaldo (1869-1964), y aún hoy los descendientes de mestizos dominan en buena medida los resortes estratégicos de la economía y las finanzas de las islas.

En lo que sigue intentaré explicarles de una manera breve y concisa—aun a

riesgo de simplificaciones excesivas— el proceso de formación histórica de las élites filipinas, para lo que voy a remitirme en buena medida a la época colonial más temprana (siglos XVI al XVIII). Estudiaré después los rasgos generales de la economía filipina durante el siglo XIX, en donde la expansión tabacalera, azucarera y arrocería beneficiaron en gran medida a estas élites. A continuación analizaré los comienzos de la coyuntura depresiva de los años setenta, que provocó una situación social de inestabilidad en los ochenta, puesta de manifiesto en el miedo de las élites a la revolución popular. Ello las obligaría a asumir decididamente el liderazgo del proceso independentista, en una huida hacia adelante que pretendía frenar el movimiento de los campesinos sin tierra. Me centraré, para acabar, en los años finales de la crisis con España para examinar el desenlace del conflicto. En última instancia, trataré de realizar un recorrido a la historia económica y social de las islas filipinas durante el período de dominio español, aislando aquellos factores que con el paso del tiempo iban a influir de manera decisiva en el proceso de emancipación.

### **La formación de las élites filipinas**

Las élites de las islas filipinas en los años anteriores a la independencia de España estuvieron conformadas por dos grandes grupos sociales: la aristocracia indígena tagala procedente de la conquista y los mestizos de chino. Cuando llegaron los españoles a mediados de los años 60 del siglo XVI, se encontraron un archipiélago con una cierta evolución política y social donde ya no existía un igualitarismo en el sentido estricto de la expresión. Aunque es un tema en gran medida sujeto a polémica, y salvo en las áreas islamizadas del Sur —especialmente las islas de Joló y Mindanao—, donde este proceso de diferenciación social era ya una evidencia, en las Visayas y Luzón existían determinados caciques o datos que gobernaban sobre las agrupaciones de naturales, denominadas *barangays*. El pago de un tributo constituía el símbolo que confirmaba esta relación de jerarquización social. Fue la conquista española la que interrumpió este proceso de diferenciación, introduciendo sus propios valores.

Al contrario de la experiencia mexicana, que eliminó físicamente la presencia de la aristocracia indígena contemporánea a la conquista, los españoles incluyeron en su proyecto a la aristocracia filipina. Después de un período de indefinición en los *derechos de propiedad*, que puede datarse en los últimos años del siglo XVI, la mayor parte de los datos nativos pasaron a integrarse en una red de poder donde ellos resultaban los intermediarios entre españoles e indígenas. Ellos eran los encargados de recoger los nuevos tributos en las *encomiendas* que impusieron los

conquistadores y, conforme se consolidó la economía, se convirtieron en los mediadores necesarios para el mantenimiento del comercio provincial que abastecía a la ciudad de Manila. Este comercio interior es una de las bases sobre las que se asentaba la economía filipina temprana. Otra de las bases era la del comercio del galeón, cuyos beneficios obtenidos en la distribución de productos asiáticos en América aseguraban el mantenimiento de las islas como colonia española. Pero la economía exterior no podía funcionar eficientemente sin contar con el suministro de la economía interna que señalaba antes: producía alimentos y todo tipo de bienes y servicios para la población española y filipina y para el afianzamiento del comercio del galeón. En este contexto resultaba fundamental el papel de cohesión social que desempeñó la aristocracia tagala para la continuidad de la presencia española. E igualmente en el siglo XIX, cuando desapareció el comercio del galeón tras la independencia de México. Durante los últimos cien años de presencia española sería el estanco del tabaco, juntamente con la producción agraria comercial, lo que constituiría el grueso de las actividades económicas en las islas. El papel de mediación de la *principalía* tagala se desarrolló aún más extraordinariamente en el esquema organizativo de la producción tabacalera.

Estas funciones de intermediación entre la sociedad indígena y la población española confirieron a la aristocracia un gran poder económico que se manifestaba en la exención de tributos, en el enriquecimiento con el comercio interior y en la capacidad de financiar préstamos hipotecarios a los campesinos –los llamados *pactos de retroventa*–, un camino por el que accedían a la propiedad de la tierra a expensas de la expoliación de los deudores y que se aceleró conforme se integraba la economía filipina en el comercio internacional. Y juntamente con un gran poder económico respecto a sus subordinados, un enorme poder social que simbolizaban el uso del bastón y el sombrero, el vestido a la europea y una localización en lugares relevantes en las ceremonias religiosas y civiles de ámbito local y provincial.

El segundo grupo social que integraban las élites indígenas estaba conformado por los mestizos de chino. El papel que desempeñaron los chinos en el desarrollo del comercio del galeón resultó fundamental para su continuidad. Ellos venían periódicamente de las provincias del sur de China y con sus juncos abastecían de todas las mercancías que necesitaba la nao de Acapulco. Muchos permanecieron como residentes en las islas y se dedicaron a actividades artesanales y comerciales, compitiendo en muchos casos con las propias redes de distribución que abastecían la ciudad de Manila. Tras una política errática por parte de la administración española, acabaron por ser expulsados en 1769, tras la revuelta de 1762, y su presencia en las islas no volvió a generalizarse hasta casi un siglo después (1850). Pero dejaron a los mestizos de chino y filipina.

Desde comienzos del siglo XIX había descendido en gran medida el poder de los alcaldes mayores y corregidores, las autoridades delegadas en las provincias filipinas. Eran estas autoridades provinciales las que controlaban el funcionamiento de la red a la que me he referido de suministro del galeón y de la ciudad de Manila y en la que estaba integrada la aristocracia tagala. La clave para entender esta pérdida de poder de los alcaldes y corregidores arranca de las transformaciones legislativas que siguieron a la revuelta de Tupac Amaru en la América española. Fruto de ellas fue, entre otras, la aparición de la Intendencia, con los delegados y subdelegados que privaron en gran medida de poder a los alcaldes y corregidores. Aunque en filipinas tuvieron menos incidencia las reformas legislativas llevadas a cabo por la Ilustración, no cabe duda que el poder de la vieja administración territorial recibió un duro golpe. De este modo, el hueco que dejaron en las redes de suministro comenzó a ser aprovechado por los mestizos de chino para dar continuidad al negocio de abastecer la capital de las islas. Esto les permitió mantener un contacto más directo con los campesinos indígenas —por quienes eran bien aceptados, frente a lo que sucedía con sus parientes chinos—, lo que les puso en condiciones de poder ejecutar los créditos hipotecarios que les permitieron el acceso a la propiedad de la tierra, de igual modo que había sucedido con la aristocracia tagala.

Otra de las claves del poder económico de los mestizos de chino lo constituyó el control de la producción del azúcar. Cuando en el siglo XIX desapareció el comercio del galeón con la emancipación de la Nueva España, y por ello concluyó la ayuda fiscal del virreinato a las islas, se hubo de buscar una solución de recambio para mantenerlas vinculadas a la Corona al margen del situado que llegaba anualmente al archipiélago. La solución vino por la vía del estanco del tabaco, establecido ya en 1782, mediante el cual pudo autofinanciarse la hacienda filipina, perdidos ya los lazos que la habían mantenido con el virreinato mexicano. Sin embargo, las consecuencias del estanco no se limitaron sólo al campo de la fiscalidad, sino que tuvieron también incidencia en las actividades económicas. La apertura de nuevos espacios del interior de las islas en busca de tierras de cultivo estimuló la agricultura comercial en un momento que estaban surgiendo nuevas oportunidades en el comercio internacional para mercancías como el tabaco, las fibras textiles (algodón, abacá), los productos tintóreos (añil) y otros que la economía filipina estaba en condiciones ventajosas de ofrecer. Pero sin duda el bien más demandado por el mercado internacional era el azúcar, cuya producción en gran medida controlaban los mestizos de chino, que disponían por todo el territorio de una red de molinos para el tratamiento industrial de la caña.

Sin embargo, el factor que contribuyó en mayor medida al encumbramiento de los mestizos de chino fue el control que ejercieron sobre las grandes *haciendas*. Las haciendas estaban constituidas por espacios agrícolas que llegaron a alcanzar

las 30.000 hectáreas, extensiones impresionantes que podían incluir varios pueblos. Ocupaban el 40% de las tierras de cultivo de la llanura tagala, conformada por las provincias próximas a Manila, y de donde procedía en gran medida el abastecimiento de la capital, el mayor núcleo de población del archipiélago. Eran además las mejores tierras, las más productivas y feraces y constituían propiedades pertenecientes a las comunidades de frailes regulares con presencia en las islas (dominicos, agustinos y recoletos). En ellas se cultivaban básicamente el azúcar, el arroz de regadío y los productos hortícolas. Procedían de la época de la conquista a través de donaciones de la Corona o compras efectuadas a españoles –la agricultura en las islas resultaba poco atractiva para los descendientes de los conquistadores que, por otra parte, tenían en el negocio del galeón su mayor fuente de ingresos–, y su tamaño se había incrementado con el paso del tiempo a partir de ejecuciones de hipotecas, subastas y compras a los nativos. El hecho de que las islas filipinas fuese el único territorio español que no sufriese el efecto de las desamortizaciones estimuló en gran medida la continuidad del proceso de acumulación de tierras por parte de las órdenes regulares, hasta llegar a controlar a finales del siglo XIX un territorio de unas 171.000 hectáreas de las mejores tierras. Pero lo más importante con respecto a las haciendas es reseñar ligeramente su sistema de cultivo. Hasta finales del siglo XVIII, los frailes disponían de cultivadores directos –aparceros– y eran ellos, los frailes, quienes distribuían directamente el producto agrario. Fue a comienzos de la siguiente centuria cuando empezó a extenderse la figura del *inquilino*, lo que les desvinculó del proceso de comercialización. El inquilino solía ser un mestizo de chino que devengaba una renta anual fija –en dinero o en especie– a cambio de la cesión de la tierra. El inquilino era un intermediario que no trabajaba, interpuesto entre el dueño de la tierra y los antiguos aparceros, los *kasamá*, que a su vez abonaba al inquilino la mitad de la cosecha y los gastos derivados, que resultaban muy elevados. La diferencia entre lo cobrado de los *kasamá* y lo pagado a los frailes se fue agrandando durante el siglo XIX a expensas del *boom* azucarero, que podemos situar entre los años cuarenta y los setenta. En realidad, el esquema era muy parecido al sistema de *foros* en Galicia: con el paso del tiempo se incrementó para los inquilinos –como para los hidalgos gallegos– el ingreso que obtenían de los campesinos directos, mientras que el pago de la renta a los propietarios se mantuvo estable. Un personaje que tendría una participación directa en el proceso independentista de las islas –el doctor José Rizal– procedía de una rica familia de inquilinos que pudo pagarle sus estudios en España, algo que sólo estaba al alcance de muy pocos filipinos.

Hacia comienzos del siglo XIX se produjo también otro fenómeno que contribuiría a dar cohesión social al grupo que hemos calificado como élites. Se trata del acercamiento de los mestizos de chino a la aristocracia procedente de la conquista

y de la que ya he hablado. El resultado de este acercamiento, básicamente por vía matrimonial, es la constitución y formación del grupo que en el proceso independentista iba a sustituir a los que en la América española se denominaban criollos.

Tenemos, pues, constituida una élite, que lo es en sus aspectos *económico y social*. Falta todavía por conformar el componente *intelectual*—porque el componente *político* no aparecerá hasta fines del período colonial—, que se añadirá en las generaciones futuras nacidas al calor de las exportaciones del azúcar. Imitando las modas europeas, enviaban a sus hijos a las universidades del país—Santo Tomás, administrada por los dominicos, y el Ateneo de Manila, regentada por los jesuitas—, de España y del resto del viejo continente. Este grupo de jóvenes abogados, médicos, farmacéuticos y sacerdotes, surgido al calor de las reformas educativas de 1863, se convirtió en difusor del pensamiento liberal y democrático al que habían tenido acceso en sus estudios y viajes, algo a lo que contribuirían también la apertura del Canal de Suez—que acabó en gran parte con el aislamiento filipino respecto a la metrópoli— y el establecimiento de una línea regular de vapores que comunicaron las islas con Europa.

La inquietud política e intelectual de los estudiantes filipinos se vio favorecida por el estallido de la Revolución de 1868 en España, la Gloriosa, que trasladó a las filipinas las ideas de democracia de la mano del nuevo gobernador Carlos María de la Torre (1869-1871). Estas ideas se tradujeron en decretos favorables a una mayor libertad de prensa y de una secularización de la educación, controlada por los frailes regulares, como vimos. No obstante, el poder de las órdenes resultaba tan omnipresente que consiguieron en gran medida paralizar la aplicación de los decretos liberalizadores.

Este ideario democrático logró transmitir su influencia a unos hechos concretos que la historia recuerda con el nombre de Motín de Cavite (1872), durante los cuales se sublevó una parte significativa de la guarnición militar del puerto. La supresión de la exención de tributar a los trabajadores filipinos del arsenal fue la chispa que hizo estallar el conflicto. El tributo indígena y las prestaciones personales constituían el impuesto general entre los filipinos, pero el personal militar y civil del arsenal estaba exento de su pago. La nueva obligación de tributar a los trabajadores civiles del arsenal de Cavite extendió una oleada de solidaridad entre los infantes de Marina, incluidos algunos oficiales españoles. El nuevo gobernador Rafael de Izquierdo (1871-1873) aprovechó la situación tras el aplastamiento del motín para acabar con las libertades nacientes y, sobre todo, para acusar—sin suficiente base jurídica, como más adelante se pudo comprobar— de autoría intelectual a algunos sacerdotes filipinos, miembros destacados de un movimiento secular que exigían el derecho a ser reconocidos como iguales a los clérigos españoles y disponer de las mismas oportunidades de promoción social. Con demasiada

frecuencia eran tachados de ignorantes e incapaces para desempeñar las funciones eclesiásticas por los frailes regulares y resultaban desplazados por éstos en el ejercicio de los oficios religiosos. En el fondo subyacía una lucha por el control de las parroquias por parte de los regulares, un problema que se había planteado desde 1859 con el retorno de los jesuitas a sus ministerios en las islas casi cien años después de su expulsión a finales del siglo XVIII. La llegada de los jesuitas obligó a una reasignación de las parroquias, que en última instancia privó a los sacerdotes filipinos de determinados ministerios que habían detentado desde hacía muchos años. Esto había provocado una reacción por parte del clero nativo, muy numeroso —muchos de cuyos miembros, hijos de las élites económicas, habían abrazado la carrera sacerdotal al calor del crecimiento económico de mediados del siglo XIX, buscando un camino de promoción social—, que recibió el nombre de *movimiento de secularización*.

De este modo, los padres José Burgos —que se había destacado en la defensa de los intereses de los sacerdotes nativos y uno de los líderes seculares—, Mariano Gómez y Jacinto Zamora sufrieron penas de garrote y varios líderes reformistas fueron desterrados —y otros muchos se refugiaron en la península y en Europa—, con lo que el Gobierno logró en gran medida descabezar el movimiento. Es en este grupo de abogados, de médicos, de sacerdotes y, en general, de profesionales liberales, donde se preparó el proyecto de emancipación, un proyecto que presentará dos formulaciones en el devenir del siglo XIX. En primer lugar, una propuesta moderada, en la que intentan contar con el apoyo de los españoles partidarios del progreso. Más adelante, al fracasar la estrategia reformista, se plantearán una formulación más radical y al margen de España.

## **El proyecto moderado de emancipación**

Los componentes de la élite intelectual eran frecuentemente calificados por sus contemporáneos como *ilustrados*, un término en aquellos momentos ya arcaico. Ilustrados habían sido personajes públicos como Jovellanos, Olavide, el conde de Aranda y una minoría de españoles de finales del siglo XVIII, pero tras la invasión francesa de 1808 la expresión había caído en desuso. Resulta bien significativo que en las islas se haya mantenido un siglo después, lo que revela la lentitud de los cambios y las dificultades para trasladar el progreso a las colonias. Por sus estudios realizados, los ilustrados habían tenido acceso al conocimiento de las ideas de igualdad, de progreso, de educación laica y de nacionalismo. Con el paso del tiempo —entre 1880 y 1896— se organizaron en un movimiento político denominado *La Propaganda*, que incluso contaba con un órgano de prensa en la península.

la titulado *La Solidaridad*. Eran partidarios de asimilar las filipinas a España como una provincia más, no como una colonia, para lo que demandaban representantes en Cortes. Deseaban extender a todos los filipinos las libertades individuales de expresión, de prensa y de asociación. Tampoco pretendían la independencia de la colonia, como puede apreciarse en una atenta lectura de la primera novela del doctor Rizal, escrita en 1887, que lleva por título un significativo *Noli me tangere*. En plena discusión entre el estudiante Elías y el ilustrado Ibarra, aquél pide a Ibarra que coloque al frente del movimiento revolucionario, a lo que éste responde:

«Jamás. No seré yo nunca el que ha de guiar a la multitud a conseguir por la fuerza lo que el Gobierno no cree oportuno. Y si yo viera alguna vez a esa multitud armada, me pondría al lado del Gobierno y la combatiría, pues en esa turba armada no vería a mi país. Yo quiero su bien, por eso levanto una escuela; lo busco por medio de la instrucción, por el progresivo adelanto; sin luz no hay camino”. Elías le replicó enseguida: “Sin lucha tampoco hay libertad”. Y el ilustrado Ibarra puntualiza: “Es que yo no quiero esa libertad”».

Igualmente, un destacado miembro del grupo escribía en 1889: «España no puede ni debería perjurar de sí; sus leyes antiguas y modernas consagran el principio de asimilación de Filipinas». De idéntica manera se expresaba otro de sus representantes más activos cuando señalaba que había ido a la península «no para desafiar a los poderosos, sino para pedir reformas para mi país».

Los ilustrados escribían también sobre literatura y tradiciones que exaltaban la historia real o soñada de los filipinos. Sus ideas políticas acostumbran a resumirse en cinco grandes apartados: a) La lucha por la igualdad entre filipinos y españoles; b) La transformación de las islas en una provincia española; c) El nombramiento de un representante en las Cortes peninsulares; d) La nacionalización de las parroquias y e) El establecimiento de libertades individuales. Los más significados de estos ilustrados, además del propio José Rizal, fueron Marcelo H. del Pilar (1850-1896), Mariano Ponce (1863-1917) y Graciano López Jaena (1856-1896), que desplegaron una gran actividad en Barcelona y Madrid impartiendo conferencias, impulsando publicaciones y escritos en los periódicos de la época.

### **La radicalización del proyecto de emancipación**

Hacia comienzos de la década de 1890, la formulación moderada del movimiento emancipador presentaba ya síntomas inequívocos de agotamiento. ¿Cuál

sería la respuesta de las élites económicas, que financiaban el proyecto, ante los silencios clamorosos del Gobierno? Es algo que se puede delimitar claramente a partir de la evolución de la coyuntura económica durante los años ochenta del siglo XIX.

Desde comienzos de la década se habían experimentando grandes transformaciones en el conjunto de la economía internacional. En la medida en que la economía filipina dependía de sus exportaciones todo cambio en éstas tendría una influencia decisiva sobre aquélla. Uno de los cambios afectó a los precios mundiales del azúcar de caña, que cayeron estrepitosamente en el mercado internacional —en torno a un 50%—, debido a la competencia del azúcar de remolacha, en cuya fabricación era posible introducir mayores economías de escala y por lo tanto reducir significativamente los precios finales. Esto afectará a los ingresos del grupo de mestizos de chino —una parte integrante de las élites filipinas— que, como vimos, sus rentas dependían de las exportaciones de azúcar.

Paralelamente, el segundo renglón de la economía filipina, el del tabaco, estaba sufriendo también una dura crisis. El tabaco se encontraba estancado como en España, es decir, el Estado monopolizaba su producción, elaboración y venta en el mercado interior. El pago de las cosechas a los agricultores se realizaba a través de *boletas*, que éstos canjeaban posteriormente por dinero. La falta de liquidez del Estanco, originada por los enormes costes organizativos que implicaba su mantenimiento —especialmente los costes de represión del contrabando—, provocó que las *boletas* tardaran incluso años en cobrarse por parte de los campesinos. Ello desencadenó un enorme malestar en la principalía, afectada también por las dificultades financieras del Estanco, y sobre todo entre los campesinos cultivadores de tabaco.

Finalmente volvemos a retomar el tema de las haciendas eclesiásticas. Agobiados por la dureza de la crisis económica, que había recortado una parte significativa de sus ingresos como propietarios, las órdenes regulares intentaron recuperar la gestión directa de la tierra eliminando a los intermediarios, los antiguos *inquilinos*, a quienes se les arrebató de este modo su mayor fuente de ingresos. En conjunto, se removieron las bases sobre las que tradicionalmente había descansado el poder económico de las élites filipinas: la caída de los precios internacionales del azúcar, las dificultades del estanco del tabaco y la pérdida del derecho de intermediación en la propiedad de la tierra resultaron tres elementos claves para entender el fenómeno de radicalización del proyecto de emancipación. Pero es más: irrumpió en el proceso un elemento decisivo: la efervescencia revolucionaria del campesinado *kasamá*. Los factores señalados reducían para ellos aún más sus posibilidades de subsistencia, lo que afectaba a la cohesión de la sociedad filipina y ponía en peligro el papel de las élites como grupo social dominante. Es así como acabaron por radicalizarse y ponerse a la cabeza del movimiento de campesinos

descontentos que no encontraban otra salida que la ocupación de las haciendas eclesiásticas. No les servía ya el movimiento reformista de los propagandistas y ni siquiera podían asumir el nuevo proyecto de Rizal que mantenía una cierta ambigüedad entre reformismo y radicalismo.

Muy desilusionado por el fracaso del movimiento de *La Propaganda*—España no había atendido a sus demandas—, Rizal fundó en Hong Kong *La Liga Filipina*. Lo que proponía era un nuevo proyecto capaz de ofrecer a sus miembros protección, defensa, educación y desarrollo. Al decir de algunos expertos, esto sólo era posible alcanzarlo mediante la independencia de España y así lo entendieron entonces las autoridades, por lo que su formulación le valió a Rizal el destierro a la isla de Mindanao. Sin líder el movimiento de la Liga, las élites se inclinaron por proyectos más radicales. Paralelamente, también en 1892, Andrés Bonifacio (1863-1897) había creado «la sociedad más elevada y respetada de los Hijos del País», el *Katipunan*.

La del *katipunan* era claramente una propuesta independentista y que asumía además las reivindicaciones de los *kasamá* de expropiación de las «tierras del fraile». Su inspiración ideológica era similar a la de las tradicionales cofradías religiosas —un sincretismo de creencias prehispánicas y cristianas— que, como la de Apolinario de la Cruz (1840), se consideran entre los estudiosos filipinos precedentes populares de la independencia nacional. En sus creencias, existía una especie de paraíso, el *liwanag*, donde remaba la unidad y la igualdad, pero para llegar a alcanzarlo era preciso acabar con el dominio español que se interponía, representado especialmente por los frailes poseedores de la tierra. En su ideario político, se trataba de reconstruir el mundo en términos de hermandad, unidad e igualdad, frente a los del interés y el poder. Los miembros del *katipunan* habían de sacrificarlo todo, incluida la propia vida (de ahí la expresión *pasyon*, a imitación de la de Cristo) para alcanzar ese objetivo. El llamado Manifiesto *Kalayaan* así lo confirmaba:

«En los primeros tiempos, antes de que los españoles pisaran nuestro suelo, gobernado aún por nuestros compatriotas, los katagalugos (filipinos primitivos) disfrutaban de una vida de abundancia y de prosperidad. Ella mantenía buenas relaciones con sus vecinos, en especial con Japón, y mantenía lazos comerciales con todos ellos. Por eso había riqueza y buenas costumbres en todos: jóvenes y viejos, incluyendo a las mujeres, podían leer y escribir usando nuestro propio alfabeto. Entonces los españoles llegaron y simulon ofrecernos un camino hacia una mejoría siempre en aumento y un despertar de nuestras conciencias: nuestros dirigentes fueron seducidos por la dulzura de tan tentadoras palabras».

Con un cuerpo doctrinal sólido y la financiación adecuada de las élites, comenzó la revolución filipina en 1896. Bonifacio lanzó desde Balintawak su proclama de insurrección general contra España. Sin embargo, la respuesta del Gobierno fue de una dureza proverbial. El capitán general Polavieja disponía de un ejército de 12.000 soldados disciplinados que aplastó sin contemplaciones el escaso y mal armado contingente filipino, conformado básicamente por campesinos sin ninguna instrucción militar. Fueron estos reveses en el movimiento independentista lo que enfrentó a los líderes del katipunan, Bonifacio y Aguinaldo. Andrés Bonifacio, el líder de extracción popular y el que aportó los contenidos más radicales al independentismo, había logrado atraer hacia el katipunan a los campesinos sin tierra bajo la consigna —que se aplicaba en los lugares donde triunfaba la revolución— del reparto de las haciendas del clero regular. Por el contrario, el moderado Emilio Aguinaldo constituía un claro representante de la élite que había conseguido su prestigio, primero, como alcalde de Cavite y, después de su ruptura con la administración española, como comandante imbatido en las refriegas contra las tropas españolas, al contrario de Bonifacio, cuya estrategia se había manifestado equivocada, algo que acabó por aislarlo. En este contexto de enfrentamientos, Bonifacio fue fusilado por Aguinaldo. En realidad, la maniobra del nuevo líder acabó con los aspectos más milenaristas de la revolución, apoyados por los campesinos sin tierra, pero al mismo tiempo la hizo más pragmática y acorde con las aspiraciones de las élites.

El estallido de la revolución dotó además a los filipinos de su primer mártir: Rizal, que había pedido alistarse como médico voluntario para el ejército que combatía en Cuba, resultó detenido cuando llegaba a Barcelona y trasladado nuevamente a Manila, en donde se le instruyó un juicio sumarísimo, resultando fusilado el mismo año de 1896. A los ojos de los filipinos, él como nadie personificaba el sacrificio por la causa —su *pasyon*—, como exigía el katipunan.

Tras la derrota del movimiento independentista, el nuevo capitán general Fernando Primo de Rivera ofreció un pacto a los rebeldes, impulsado en gran medida por evitar, como quería el Gobierno de Madrid, el mantenimiento de un frente filipino simultaneado con el cubano. Es el llamado pacto de Biak-na-bató firmado en 1897 y aceptado por Aguinaldo. El acuerdo multiplicaba el exilio en Hong-Kong del líder y de los cuadros de la revolución a cambio de una compensación económica de 400.000 pesos y de una ambigua promesa de apertura de un proceso de reformas que satisficiesen las aspiraciones de los filipinos. Pero el proceso de reformas no llegó a tiempo: la entrada en la guerra de los norteamericanos cambiaría para siempre la marcha de los acontecimientos.

## Bibliografía selecta sobre las islas filipinas durante el período colonial español

- ARCILLA, José S.: *An Introduction to Philippine History*. Manila, Ateneo de Manila University Press, 1994.
- BAUZON, Leslie E.: *Deficit Government. Mexico and the Philippine Situado 1606-1804*. Tokio, The Centre for East Asian Cultural Studies, 1981.
- CHURCHILL, Bernardita Reyes (ed): *Determining the Truth. The Story of Andres Bonifacio*. Manila, Manila Studies Association, 1997.
- CONNOLLY, Michael J.: *Church Lands & Peasant Unrest in the Philippines, Agrarian Conflict in 20<sup>th</sup>-Century Luzon*. Manila, Ateneo de Manila University Press, 1992.
- CONSTANTINO, Renato: *The Philippines: A Past Revisited*. 2 vols., Manila, Edición del autor, 1975 (15<sup>a</sup> ed., 1996).
- CORPUZ, O. D.: *The Roots of the Filipino Nation*. 2 vols., Manila, Aklahi Foundation, 1989.
- CUSHNER, Nicholas P.: *Landed Estates in the Colonial Philippines*. New Haven, Ct, Yale University Southeast Asia Studies, 1976.
- DE JESÚS, Ed. C.: *The Tobacco Monopoly in the Philippines. Bureaucratic Enterprise and Social Change, 1766-1880*. Manila, Ateneo de Manila University Press, 1980.
- DE LA COSTA, Horacio: *Readings in Philippine History*. Manila, Bookmark, 1992.
- DELGADO RIBAS, Josep M.: «El desastre de Cavite», en *Memoria del 98. De la Guerra de Cuba a la Semana Trágica*. Madrid, Diario *El País*, 1998, pp. 117-132.
- DÍAZ-TRECHUELO, Lourdes: *La Real Compañía de Filipinas*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1965.
- GARCÍA-ABÁSOLO, Antonio (ed.): *España y el Pacífico*. Córdoba, Ministerio de Asuntos Exteriores-Asociación Española de Estudios del Pacífico, 1997.
- GUILLERMO, Artemio R. y May Kyi WIM: *Historical Dictionary of the Philippines*. Lanham, Md. y Londres, The Scarecrow Press, 1997.
- HIDALGO NUCHERA, Patricio: *Encomienda, Tributo y Trabajo en Filipinas (1570-1608)*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid-Ediciones Polifemo, 1955.
- ILETO, Reynaldo Clemenña: *Pasyon and Revolution. Popular Movements in the Philippines, 1840-1910*. Manila, Ateneo de Manila University Press, 1997.
- LARKIN, John A.: *The Pampangans. Colonial Society in a Philippine Province*, Manila, New Day Publishers, 1993.
- LINN, Brian McAllister: *The U.S. Army and Counterinsurgency in the*

- Philippine War, 1899-1902*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1989.
- MAJUL, Cesar Adib: *The Political and Constitutional ideas of the Philippine Revolution*. New York, Oriole Editions, 1974.
- MAY, Glenn Anthony: *Inventing a Hero. The posthumous Re-Creation of Andres Bonifacio*. Manila, New Day Publishers, 1997.
- MCCOY, Aldred W. y Ed. C. DE JESÚS (eds.): *Philippine Social History. Global Trade and Local Transformations*. Manila, Ateneo de Manila University Press, 1982.
- MOLINA, Antonio M.: *Historia de Filipinas*. 2 vols., Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1984.
- OWEN, Norman G.: *Prosperity without Progress. Manila hemp and material life in the colonial Philippines*. Berkeley, University of California Press, 1984.
- PHELAN, John Leddy: *The Hispanization of the Philippines. Spanish Aims and Filipino Responses 1565-1700*. Madison, The University of Wisconsin Press, 1959.
- PUTZEL, James: *A Captive Land. The politics of agrarian reform in the Philippines*, Manila, Ateneo de Manila University Press, 1992.
- ROBLES, Eliodoro C.: *The Philippines in the Nineteenth Century*. Manila, Malaya Books, 1969.
- ROTH, Dennis Morrow: *The Friar Estates of the Philippines*. Albuquerque, University of New México Press, 1977.
- SARKISYANZ, Manuel. *Rizal and Republican Spain and other Rizalist Essays*. Manila, National Historical Mstitute, 1995.
- SCHUMACHER, John N.: *Revolutionary Clergy. The Filipino Clergy and the nationalist Movement, 1850-1903*. Manila, Ateneo de Manila University Press, 1989.
- SCHUMACHER, John N.: *The Making of a Nation. Essays on Nineteenth-Century Filipino Nationalism*. Manila, Ateneo de Manila University Press, 1991.
- SCHUMACHER, John N.: *The Propaganda Movement 1880-1895*. Manila, Ateneo de Manila University Press, 1997.
- SCHURTZ, William Lytle: *El galeón de Manila*. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1992.
- SEE, Teresita Ang: *Chinese in the Philippines: Problems and Perspectives*. 2 vols, Manila, Kaisa Para Sa Kaunlaran, 1997.
- STEINBERG, David Joel (ed.): *In Search of Southeast Asia. A Modern History*, Honolulu, University of Haway Press, 1987.

- TARLING, Nicholas: *The Cambridge History of Southeast Asia*. 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
- WICKBERG, Edgar: *The Chinese in Philippine Life 1850-1898*. New Haven, Yale University Press, 1965.
- YUSTE LÓPEZ, Carmen: *El Comercio de la Nueva España con Filipinas, 1590-1785*, México D.F., Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1984.
- ZAIDE, Gregorio: *The Philippine Revolution*. The Modern Book Company, 1954.